La filosofía en la Edad Moderna

Por Ralph M. Lewis, F.R.C.

Existen dos caminos o métodos de acercamiento al mundo de la realidad. Uno de ellos consiste en la cuidadosa observación y análisis de aquello que se experimenta. De tal análisis han de deducirse principios generales que puedan demostrarse. Han de ser éstos tales que puedan probar a los sentidos objetivos las conclusiones a las cuales se llegue con respecto a la naturaleza de la cosa experimentada.

Si, por ejemplo, una persona se encontrara por primera vez con un reloj de cuerda, de acuerdo con este método de acercamiento, lo examinaría diligentemente. Observaría su tic-tac. Advertiría la ordenación de las cifras de la esfera y vigilaría los movimientos de sus manecillas.

Quitándole la cubierta, examinaría en el interior los dientes, los remaches y los resortes y observaría su manera de trabajar. Con el tiempo, aprendería los principios mecánicos mediante los cuales funcionaba el reloj. De tener éxito, confirmaría su opinión acerca de la mecánica del reloj, reproduciendo su funcionamiento en parte o en la totalidad.

Este método es *inductivo*. Comienza con un particular y, partiendo de él, paso a paso, llega a una conclusión general definitiva. Sin embargo, tanto la conclusión como el procedimiento total tienen que ser empíricos. Tienen que constar de elementos positivos que puedan reducirse a la percepción de los sentidos, esto es, a elementos que posean en última instancia una calidad física. Este camino de acercamiento a la realidad es conocido con el nombre de *ciencia*.

Toda reflexión no es una experiencia directa o inmediata. Se halla también ocupada con ideas, nociones y creencias que no son demostrables. Existen valores, ideales, conceptos, que son una parte definida de nuestra vida consciente y sin embargo no son objetivamente perceptibles, de la manera en que los realizamos. No podemos señalar a un arquetipo, o a alguna contraparte de los mismos, fuera de nuestras mentes.

No obstante, semejantes estados de consciencia son realidad para nosotros. De lo que experimentamos objetivamente, nuestras mentes forman síntesis, deducen conclusiones y forman opiniones que frecuentemente está fuera de nuestro alcance el poderlas demostrar de una manera positiva. Tomemos como ejemplo la vida misma y nuestras suposiciones sobre ésta. En sus aspectos materiales, en los efectos de los fenómenos biológicos que son observables, no hay nada que indique una razón, una finalidad de la vida. La cosa animada puede revelar, al observarla, cómo funciona o cómo se desarrolló; pero no explica *por qué.*

Este *por qué* se encuentra más allá del reino de la experiencia directa, no perceptible en el fenómeno mismo. Este *por qué* es la suposición de finalidad, de una causa teleológica o mental, subyacente en los procesos físicos y mecánicos por los cuales la cosa viene a la existencia. Esta

investigación del por qué, este intento de racionalizar una generalidad no objetiva, es el otro camino o método de acercamiento a la realidad. Es lo que llamamos *filosofía.*

No queremos significar con esto que toda la filosofía sostiene la doctrina de la teleología, o una causa intencionada. En efecto, existen doctrinas filosóficas que se encuentran definitivamente opuestas a tal noción. Sin embargo, la filosofía es el método *deductivo* de acercamiento al conocimiento. Comienza con el concepto general y teórico pero lógico de la totalidad de un problema determinado. Traba de concebir un molde completo que tenga el elemento de la verdad y de la realidad, para la mente. Por verdad entendemos lo que es pragmático, lo que parece práctico, factible y consecuente con la experiencia humana.

Volvamos a la analogía del reloj. El filósofo, al encontrarse con el reloj, no quedaría satisfecho con determinar la materia de que estaban fabricadas sus partes, la manera en que éstas estaban reunidas, o su forma de funcionar. El filósofo, al conocer la mecánica del reloj, no querría necesariamente intentar la construcción de otro reloj con el fin de demostrar la exactitud de sus observaciones. Sus pensamientos se encontrarían probablemente ocupados en hallar la razón de la existencia del reloj tal como es, en su totalidad y función.

Se preguntaría ¿qué función desempeña? ¿Cuál es su utilidad en la constitución de la naturaleza o con respecto al hombre como un ser inteligente? En tal caso, el filósofo no estaría necesariamente presumiendo la existencia de una causa inicial y predeterminada para el reloj. Más bien estaría tratando de establecer una relación entre el reloj y el hombre.

Es probable que el filósofo piense que, desde el momento que el hombre ha llegado a realizar la existencia del reloj y lo percibe, esta experiencia debiera convertirse en una finalidad conveniente para el hombre.

Conocer tan sólo el citado reloj como un mecanismo no es suficiente. El filósofo desea saber por qué existe, o, si es posible, establecer alguna conexión útil entre éste y el hombre.

El filósofo y el científico tienen un objetivo común: la adquisición del conocimiento; ambos se encuentran en busca de la *verdad*. Para el científico, la verdad es aquello que posee una realidad persistente para los sentidos. Debe mostrar continuamente la misma calidad o los mismos fenómenos para todos y cada uno de los hombres, en circunstancias semejantes.

Para el hombre de ciencia, una cosa es, por lo tanto, verdadera, porque ella *es*, y dicho de otro modo, no puede establecerse empíricamente que sea de otra manera. El agua es H2O, o sea, una combinación de hidrógeno y de oxígeno. Esto, para el científico, es una verdad, porque tal compuesto se manifiesta siempre como agua, y nada más.

Para el filósofo, la verdad puede tener otra connotación. En primer lugar, un concepto puede ser verdadero, aún cuando no pueda ser realizado de una

manera empírica. Lo que pueda ser indudable y evidente por sí mismo puede igualmente ser verdadero, aún cuando no haya nada exterior a la mente que lo demuestre a nuestros sentidos. Semejantes verdades forman la mayor parte de los dogmas de la religión. No obstante, a menos que pueda demostrarse por representación ante los sentidos, que son algo distinto, continúan siendo *verdades relativas*, es decir, verdades relacionadas con la inteligencia humana.

¿Por qué ha de subordinarse una verdad de la razón a otra que establecen las experiencias de los sentidos? En cierto tiempo, los hombres sostuvieron como cosa cierta el que la tierra era plana, teniendo un perímetro definido, más allá del cual los hombres podían caerse. Una exploración posterior, tanto terrestre como astronómica, demostró a los sentidos que la tierra era esférica y no plana. La verdad de la mente, que era plausible solamente para la razón, tuvo que ceder ante la observación. Negar, como hizo Pirro, el escéptico, lo que los sentidos revelan, daría como resultado la destrucción de la raza humana.

Nuestros sentidos receptores

Nuestros sentidos y facultades receptores han ido evolucionando gradualmente, durante siglos y siglos. Son el resultado del ajuste del organismo humano al medio ambiente particular en el cual vino a la existencia. Los sentidos permiten que el organismo perciba aquellas otras substancias de las que depende y aquellas condiciones con las que tiene que contender para poder sobrevivir. El negar la realidad de los sentidos en todas las circunstancias sería tanto como suicidarse.

También los sentidos pueden tener sus verdades relativas, o lo que llamamos ilusiones. Las verdades empíricas pueden demostrarse con el tiempo como falsas, aún cuando en el conflicto existente entre ellas y las verdades de la razón, hayan podido triunfar.

Unos matorrales a cierta distancia pueden tomar la apariencia de un hombre. Al acercarnos a ellos, reconocemos que solamente son unos matorrales. Aceptamos la segunda experiencia como verdadera, porque tenemos la confirmación de nuestra vista. Podemos tener además la confirmación de nuestros sentidos del tacto, del olfato, y aún del gusto (si arrancamos una hoja y la llevamos a la boca). Entonces no vemos ningún medio de desaprobar lo que experimentamos en esta investigación inmediata; por lo que la aceptamos como una verdad. Muchas verdades científicas antiguas, con el paso del tiempo, se ha probado que son relativas y falaces.

Aún existen cosas inexplicables

Existen amplias lagunas en la continuidad de nuestro conocimiento. Existen las cosas inexplicables, los llamados misterios, frente al conocimiento que puede ser demostrado. Unicamente podemos maravillarnos de ellas, hacer especulaciones, recurrir a la meditación y a la abstracción razonada. No satisface a la mente humana dejar semejantes brechas; por eso las llena con creencias, suposiciones y con presunciones filosóficas. Frecuentemente,

estas verdades son para la razón, hilos que unen por el momento, aquello que la ciencia ha descubierto, en lugar de dejar vacíos entre semejantes descubrimientos.

Tales son los esfuerzos del hombre por alcanzar supremacía en este mundo. No puede encontrarse a gusto en una existencia totalmente extraña a su comprensión. Los fenómenos, sucesos, acontecimientos no relacionados con nada, así como las realidades aparentemente desconectadas, hacen que la mente humana se sienta aislada. El hombre desea concebir una unidad, una singularidad de realidad en la que pueda el proyectar o imaginar una finalidad para sí mismo. Hablando en sentido figurado, quiere ensartar en el mismo hilo las cuentas de la realidad, y no dejar que éstas existan en un montón sin ninguna clase de coordinación.

La filosofía es quien “ensarta las cuentas”, quien sintetiza el conocimiento empírico de la ciencia. Es la filosofía la que asigna méritos y valores a las revelaciones de la tecnología moderna.

En su proceso deductivo de acercamiento a la realidad, la filosofía concibe la pauta total que viene a dirigir y exigir las investigaciones de la ciencia.

Nadie negará que existen las hipótesis científicas. La teoría del éter, en el siglo XIX, fue una de tales hipótesis; fue adoptada tomando como base los fenómenos perceptibles por la observación, pero la hipótesis no fue demostrada. No obstante, fue el motivo de una gran investigación en el terreno de la física y de la astronomía, con el fin de demostrarla o de rechazarla. Una hipótesis semejante puede ser denominada la *filosofía de la ciencia.* Es un método filosófico de acercamiento a la solución de un misterio. Sin embargo, el permanecer en tal punto sería insensato.

Por otra parte, el no haber dispuesto de la hipótesis, hubiera supuesto el haber dejado sin investigación un eslabón necesario entre lo que se conocía y podía demostrarse. En la actualidad, la filosofía es generalmente considerada tan sólo como una revisión histórica de lo que el hombre en la antigüedad pensó o bien como un curso de ejercicio mental. El afamado científico británico, Sir James Jeans, en una de sus obras refleja lo que se considera la ineptitud fundamental de la filosofía, en contraposición con la ciencia. Citamos tres de sus principales críticas:

“I. La filosofía parece no poseer una terminología acorde o precisa, fundamentalmente establecida, porque no existe ningún cuerpo establecido de conocimiento fundamental que pueda ser descrito por una terminología formal y precisa.
II. El lenguaje del filósofo difiere del de la ciencia grandemente, porque la filosofía tiende a emplear palabras, en su sentido subjetivo, mientras que la ciencia las emplea en su sentido objetivo.
III. El lenguaje de la filosofía difiere, además, del de la ciencia, porque la filosofía tiende a pensar en términos de hechos, tal como son revelados por nuestros sentidos primitivos, mientras que la ciencia piensa en los mismos tal como son revelados por los instrumentos de precisión”.

En cuanto a la primera crítica, diremos que a las ideas de la filosofía se llega personalmente; no son ellas el resultado de una observación común, que tendría más o menos la misma apariencia para todo observador cuidadoso. La prueba de las ideas del filósofo (hasta el momento en que éstas sean comprobadas o desaprobadas de manera empírica) se halla en su fuerza de convicción y presentación lógica. La terminología es inmaterial, si la idea permanece como evidente por sí misma, ya que la realidad que el filósofo ofrece está llenando un vacío que la ciencia no ha llenado aún; y es obvio que dicha terminología tiene que ser subjetiva. El razonamiento humano es flexible y mucho más variado que los instrumentos o los sentidos receptores.

En cuanto a la segunda crítica, desde el momento que la filosofía es subjetiva, es una conclusión personal, que emplea la propia razón del individuo como criterio, y no existe un lenguaje común para ella. Si lo que el filósofo propusiera fuera afirmado basándose en una observación, en ese caso sería posible demostrarlo o rechazarlo de una manera científica. En efecto, la exposición filosófica no sería pues, necesaria.

La tercera crítica de que el filósofo recurre a conclusiones basadas en las experiencias de sus propios sentidos sin ayuda alguna, en lugar de recurrir a “instrumentos de precisión”, es admitida sin reparos. Las concepciones filosóficas modernas se refieren exclusivamente a aquéllos reinos para los cuales la ciencia no tiene ninguna respuesta concluyente, en su propia terminología e instrumentación.

El filósofo moderno, por ejemplo, no expone ideas acerca de la naturaleza del campo electromagnético con respecto a sus manifestaciones particulares, porque los instrumentos revelan esto en el dominio de la ciencia. Sin embargo, los filósofos y los metafísicos ofrecerán ideas con respecto a la naturaleza del puro ser y su posible orden jerárquico. Sobre esto, los instrumentos no tienen aún nada que comprobar o desaprobar. En asuntos semejantes los filósofos llegarán a sus propias conclusiones basándose en sus “sentidos primitivos”.

La filosofía considerará la moral y la ética, al igual que condiciones tales como la ley y el orden, que la ciencia pretende emplear. La filosofía considerará si lo que la ciencia denomina evolución y progreso existe realmente, en un sentido cósmico general. Especulará acerca del valor de aquello que continuamente la ciencia revela. Establecerá objetivos, como probabilidades, como bolos de jugar, dispuestos para que la ciencia trate de derribarlos con hechos irrefutables; o, en el caso de que falle en esto, para que los reconozca como *verdades relativas* de la mente.

La filosofía es el molde del conocimiento. Teje lo que la ciencia descubre, dentro de cierto orden que sirve al bienestar humano. Traza avenidas de investigación que la ciencia puede recorrer para descubrir realidades observables.

El famoso científico, Sir Arthur Eddington, en una defensa de la metafísica y de la filosofía, ha dicho: "Cuando la ciencia ha progresado hasta el máximum, la mente no ha hecho más que recuperar de la naturaleza aquello que la mente ha puesto en la naturaleza. Hemos encontrado la huella de una

pisada extraña en las orillas de lo desconocido. Hemos desarrollado profundas teorías, una tras otra, para explicar su origen. Por fin, hemos logrado reconstruir la criatura que había marcado la huella de su paso, y, he aquí, que la huella es la nuestra propia".